

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERIC. 2 Y 3.)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

ACUERDATE

de santificar el día del sábado.

Memento ut di-
em sabati sanctifi-
ces.

Este mandamiento, que es el último de la primera de las dos tablas que Moisés recibió de Dios en el monte Sinai, está concebido en los siguientes términos, según aparece del capítulo 20.º del libro del Exodo: «Acuérdate de santificar el día del sábado. Durante seis días trabajarás y harás todas tus obras, pero el día séptimo es el sábado del Señor, tu Dios. En este día no ejecutarás obra alguna servil ni tu, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero hallado en tu casa; pues el Señor hizo en seis días el cielo, la tierra y el mar con todo lo que contienen, y reposó el día sétimo. Por esto el Señor bendijo y santificó el día del sábado.»

Cristianos que os preciais de verdaderos hijos de Dios ¿habeis reflexionado alguna vez el noble modelo que aquí se nos propone? El mismo Dios, criando el mundo y descansando después de concluida su obra, es el que nos dice: ¡Oh hombre! ¡oh hijo mio! trabaja durante seis días como tu Padre, con igual santidad, y como El descansa en el séptimo. Los seis días laborables son la imágen de tu vida; el séptimo es la imágen de tu eternidad; acá la pena y el trabajo, allá el descanso ¡y la gloria: acá el padecer de un instante, allá el reposo de los siglos sin fin.

Ved, pues, cuán grande debe ser la excelencia y santidad del tercer mandamiento de la Ley de Dios. Pero antes de proceder á demostrarlo, nos ha parecido oportuno decir á nuestros lectores algo sobre la sustitucion del sábado por el domingo.

Este mandamiento, en cuanto nos ordena reservar á Dios un tiempo dado para rendirle culto y accion de gracias, es inmutable y de derecho natural, pero considerado con relacion á un día determinado de la semana, no es inmutable sino que por el contrario puede variar. Asi tenemos que entre los israelitas el día de guardar era el sábado por disposicio misma de Dios, el cual tuvo para hacerlo tres razones: 1.^a la memoria de aquel descanso misterioso en que El entró, despues de criar el mundo, para santificar este día con acciones de gracias por tan inmenso beneficio: 2.^a confundir de antemano á los insensatos que sostenian que el mundo habia existido siempre, pues celebrando el pueblo de Israel un día de la semana en memoria de la creacion, proclamaba alta y perpétuamente que el mundo tuvo principio: 3.^a recordar al hombre que despues de haber hecho trabajar á sus siervos y ganados seis días en la semana, debia dejarles descansar el séptimo, queriendo con esto enseñar á los amos á ser buenos con sus operarios y compasivos hasta con los pobres animales.

Mas este precepto debió abolirse luego que cesaron todos los otros ritos judaicos á la muerte del Salvador. En efecto; estos ritos no eran sino la sombra é imágen de la verdad, y debian desaparecer al brillar la luz, al resplandecer esta verdad

que se halla en Jesucristo, del mismo modo que las sombras de la noche se desvanecen al despuntar el sol. Hé aquí la razon por qué los Apóstoles al *sábado* de los judíos substituyeron el día primero de la semana, llamado *domingo ó día del Señor*. Llámánle así los santos padres, porque en él celebramos el triunfo de Nuestro Señor sobre la tierra y porque en él no debemos ocuparnos en otra cosa que en el servicio del Señor, segun San Agustin. San Juan habla de él en su Apocalipsis, y el Apóstol San Pablo quiere que se recojan las limosnas de los fieles el día primero *despues del sábado*, esto es, el domingo, conforme expone San Juan Crisóstomo; por donde se vé que ya en tiempo de los Apóstoles se tenia por día santo el *domingo*.

Véanse ahora algunas de las razones por las que la Iglesia ha trasladado al *domingo* la fiesta del sábado: 1.^a este día (el domingo) fué el en que la luz empezó á brillar sobre el mundo; 2.^a este es el en que Nuestro Señor Jesucristo resucitó, haciendo pasar á la humanidad de la vida de tinieblas y de pecado á la vida gloriosa del nuevo Adán; 3.^a este es el en que empezó la creacion del universo, y despues su regeneracion por el Espíritu Santo, que descendió sobre los Apóstoles el domingo, fiesta de Pentecostés.

De ésta suerte la Iglesia cristiana,

consagrando á Dios el domingo, que coincide á la vez con el primer día de la creación universal, con el de la resurrección de Jesucristo y con el de la venida del Espíritu Santo, reúne varios objetos, todos igualmente propios para excitar nuestra piedad, y honra á Dios Padre todopoderoso como criador y conservador de todas las cosas; á Jesucristo su único Hijo como Salvador nuestro que nos salvó de la servidumbre del demonio y del pecado, y después de los trabajos de su vida mortal entró por la resurrección en su eterno reposo figurado por el de Dios después de la obra de la creación; y al Espíritu Santo como principio de la nueva creación, más prodigiosa que la primera por la que, sacados de la nada del pecado hemos recibido nuevo ser y nueva vida.

Otro día haremos ver en pocas palabras á los lectores del BOLETÍN DOMINICAL la excelencia y santidad de este precepto que nos obliga á santificar los días festivos.

CRUZADA

CONTRA LOS PROFANADORES DE LOS DÍAS
FESTIVOS.

(Continuación.)

I.

SOLDADOS DE ESTA CRUZADA.

En esta gloriosa lucha contra la profanación de los días festivos, to-

dos los buenos se deben alistar, si quieren corresponder de alguna manera al entrañable amor que nos tiene el Redentor de los hombres, desagraviándole de los continuos ultrajes de que es objeto su Sagrado Corazón.

Hasta hace poco los ministros del Señor eran casi los únicos encargados de velar por la guarda de los divinos preceptos, fomentando el culto de Dios y evitando su profanación; pero hoy que, merced á los continuos ataques de la impiedad, la santidad está mal vista y recibida de muchísimos; hoy que la autorizada voz del Sacerdote católico no halla buena acogida en los centros públicos, mayormente allí donde el lujo ostenta sus galas y el comercio y la industria sus artefactos, hacen falta otros apóstoles de la verdad, otros soldados que, como auxiliares de los primeros, peleen las batallas del Señor contra el error y la perversión de costumbres.

La experiencia ha demostrado, singularmente en Madrid, que las señoras pueden conseguir los mayores triunfos en esta gloriosa campaña.

Hallándose en roce continuo con el mercader y el artista é industrial, para hacer los encargos ó compras de la familia, y estando, por la misma debilidad de su sexo, más á cubierto del descaro de unos y de la consideración de otros, pueden espe-

rar que sus palabras hallen mejor acogida en los oídos de comerciantes ó industriales, y que estos harán por ellas lo que no harían porque se lo manda Dios, ni por pedírselo otros hombres. Y si se logra quitar ó disminuir los escándalos, no importa tanto cuál sea la causa de su desaparición ó disminución, como conseguir que esta tenga lugar.

Pero también los caballeros y los mismos criados y sirvientes pueden contribuir no poco á que se cierren muchos establecimientos industriales ó comerciales en los días que el Señor ha reservado á su culto; pues los artesanos y comerciantes, si son buenos cristianos, harán caso de razones divinas, y si no lo son, se dejarán gobernar y persuadir por temor de pérdidas materiales, ó esperanza de ganancias terrenas.

II

ARMAS.

El arma principal para vencer á los que se dedican á la especulación y al tráfico es el interés. Demostrádesles que no perderán, sino ántes bien ganarán, guardando los días festivos, y vereis cuán pronto se cierran las tiendas y comercios.

Afortunadamente, en nuestra patria están aún en grande mayoría los católicos. Es verdad que muchos son tibios, y se muestran indiferentes por lo que toca al cumplimiento de sus deberes de cristianos; pe-

ro convengamos en que muchísimos, á pesar de sus flaquezas, desean salvarse.

Ahora bien, si convinieran todos los buenos en no comprar cosa alguna en días de fiesta, á no ser de las de primera necesidad, pronto se cerrarian las tiendas y comercios por falta de compradores. Sean, pues, muchos los que sea listen para la nueva cruzada, comprometiéndose á cooperar del modo dicho á la santificación, por lo ménos exterior, de los días festivos, y muy en breve mudarán de aspecto nuestras poblaciones.

El comerciante que abra las puertas de su comercio en días santos, sabrá que miles y miles de personas no han de acudir á comprarle nada en aquellos días, ni nunca; y que si tiene alguna ganancia en esos pocos días, en cambio experimentará mayores pérdidas, porque le abandonarán muchos parroquianos, que llevarán sus caudales á los que no profanen públicamente las fiestas del Señor. En Madrid, miles de señoras y no pocos caballeros se hallan ya comprometidos á poner en juego este medio efficacísimo; acometiendo al enemigo por el lado más débil.

Pero no hagamos injuria á nuestros honrados comerciantes: son españoles y católicos en su mayor parte, y no es la avaricia y apego al dinero el vicio que más domina

á nuestra hidalga nación. Hay comerciantes que abren todos los días sus tiendas por costumbre, algunos porque así lo hacen otros. Presentadles con claridad, sin altanerías ni ira, sino con amor y deferencia, las poderosas razones que tiene el cristiano para guardar el tercer precepto de la ley de Dios, y vereis como responden no pocos: *tiene V. razon; así debia de ser.*

Efectivamente: su recto y á veces piadoso corazón no puede menos de admitir que diariamente, como quien dice, se mueren en las grandes poblaciones poderosos banqueros y comerciantes, hombres que poseían cuantiosos bienes de fortuna, y se van al otro mundo sin llevar de este más que sus buenas ó malas obras, dejando acá á otros sus intereses materiales. Estos, adquiridos tal vez, á costa de muchos sudores, de malos días y malas noches, y de grandes privaciones toleradas por años enteros, vienen á parar frecuentemente á manos de algun hijo díscolo, ó pariente desaplicado, que lo malgastará todo en pocos días, sin acordarse del alma de su bienhechor.

Ruda es la vida del comerciante, no hay que negarlo; expuesta á mil reveses de fortuna, y á las exigencias de un público caprichoso á veces y egoísta. Esclavo en el mostrador, ha de recibir con buena cara y atentas maneras á los que se dignan

entrar por las puertas de su tienda; y aun sin la seguridad de vender cosa alguna, no tiene más remedio que desempaquetar los géneros, esparcirlos en el mostrador, desdoblarlos, manosearlos y permitir que los manoseen, tal vez para oír que son grandes ó pequeños, largos ó cortos, y siempre caros y malos.

No tiene derecho á quejarse aunque esté enfermo, ni de poner cara triste por más que traiga amargado el corazón; el público, esto es todo el que se presenta en su despacho, es su amo, y este le manda recibirle con buen semblante, para estar á sus órdenes. Convengamos en que el mismo comerciante es quien las más de las veces, se ha buscado esta esclavitud; pero esto no quita que sea por demás dura y penosa.

Pues la Iglesia, que es madre, y no tirana, entra en tu tienda, y te dice, que descanses algunos días, pudiendo dedicarlos de lleno á tu familia y amigos, á tu alma, á Dios. Ese continuo ejercicio de contar, de no pensar más que en cálculos y números, materializa en cierta manera el alma, haciéndola inepta para pensamientos más delicados y sublimes. Pero llega el día de fiesta, y quiere la Iglesia que deje el comerciante su cárcel de entre semana, y los negocios puramente humanos, y se acuerde del cielo, procurando las riquezas imperecederas que han de durar toda la eternidad.

Si tanto trabajo le cuesta el adquirir algunas pesetas, algo ha de costar lo que tanto más vale que todas las riquezas del mundo.

El mismo cuerpo parece que está reclamando imperiosamente respirar aire puro, y espaciar la vista por el campo, en compañía de pocos y fieles amigos, y visitar al enfermo, y poder consolar al triste, y leer un libro que instruya, haciendo un paréntesis en la vida monótona del mostrador. ¿Habeis visto algun comerciante que se haya hecho sábio en su despacho? Si lo habeis visto, de seguro no podreis presentar muchos ejemplos de esa honrosa excepcion.

III.

CAMPAÑAS Y TRIUNFOS.

La seccion de la obra de Mindanao, fundada en Madrid, y compuesta de Señoras que procuran la santificación de las fiestas, es acaso la que hasta el presente ha trabajado más, como corporacion de seglares, en el noble y santo fin que se ha propuesto.

Han hallado centros industriales en los que su justo deseo de ver cerrados los comercios en los dias santos, ha encontrado muy buena acogida, por conocer los amos su verdadero interés. Esto ha sucedido principalmente en los grandes bazares y comercios, donde, tal vez por haber más ilustracion, y principal-

mente por ser más frecuentados por las Señoras, han sido estas recibidas con mejores muestras de cultura y atencion.

En los pequeños comercios no ha sido tan general, á lo que dicen las Señoras, la buena acogida que se les ha hecho, acaso por las razones contrarias; si bien, añaden, contados son los amos que las han recibido de una manera poco respetuosa.

Pero no son la buena educacion y finos modales lo que ellas buscan principalmente, sino la consecucion de su objeto; esto es, ver que la poblacion toma nuevo y cristiano aspecto en los dias santos, de modo que hasta entre por los ojos la religion, avisando aun á los más descuidados, que aquel dia no es como los demás; que no está dedicado al tráfico y á los bienes del cuerpo sino al culto de Dios, pues la gente no frecuenta en ellos las tiendas sino las Iglesias.

Las calles principales de Madrid son las primeras que han cerrado las puertas al tráfico, siendo de esperar que las de segundo y tercer orden sigan su buen ejemplo. Esto pide la cooperacion de muchos, que tal vez no se han prestado á tomar parte activa en esta buena obra, por no estar enterados de ella, y de los medios que conviene poner en juego para que, habiendo unidad en la direccion, se obtengan resultados más satisfactorios.

Estos se conseguirán si todos los elementos de orden van á una y con el mismo plan. Súmense las fuerzas, y desde luego se verá que son más imponentes de lo que tal vez algunos creen. Las Congregaciones, y Asociaciones sin número, establecidas con varias advocaciones, formadas por Caballeros, Señoras, ó jóvenes, componen un ejército formidable, capaz de decidir la batalla por el bien y la justicia, si todos pelean como buenos.

Pero ¿quién dará unidad á estas fuerzas? Sin duda alguna pueden dársela fácilmente los Presidentes y Directores de las varias agrupaciones. Exhorten de palabra y con el ejemplo á los sócios, á trabajar en esta obra de santificación, y solo Dios sabe todas las importantes consecuencias que del concurso de los buenos pueden resultar.

Para esto basta que se comprometan todos á las cosas siguientes, las cuales ninguna persona piadosa tendrá dificultad en admitir.

—

Bases para la santificación de los días festivos.

1. No trabajar ni ser causa de que trabajen otros en días de fiesta.
2. No comprar ni por sí ni por otros en ellos.
3. No surtirse, á poder ser, sino en tiendas y comercios que estén cerrados los días de fiesta.

El caso siguiente comprueba cuánta culpa tienen muchas personas, buenas al parecer, de que se profanen los días dedicados al culto.

Hallábanse dos Señoras un domingo en cierta tienda de Madrid, inmediata á una Iglesia, tratando de conseguir del dueño, que no abriese los domingos y días de fiesta. «Tienen Vdes. mucha razón», dijo el amo. «de que así debía de ser; pero ¿saben Vds. quién en es gran parte la causa de que tengamos abierto el establecimiento? Pues son las mismas personas buenas. Y si no, háganme Vds. el favor de aguardar un momento, y se convencerán de lo que digo.» Efectivamente: á poco se acabó una Misa en la Iglesia vecina, y aquella y las inmediatas tiendas se llenaron de gentes, que al salir de la Iglesia iban ha hacer sus compras, viniendo de cumplir un precepto y dando ocasion á que otros faltasen á él.

Esta es la razón, por que las tiendas más próximas á los Templos son de las que más difícilmente se obtiene que estén cerradas los días de fiesta.

A trabajar, pues, católicos; peleemos por Dios, por nuestras almas y las de nuestros hermanos, y por la honra de nuestra nación. No queramos pasar por la vergüenza de que en el juicio de Dios nos echen en cara los protestantes y aun los judíos y turcos, que guardan ellos

mejor que nosotros los días consagrados al culto divino.

¿Negaremos este obsequio al Corazón de Jesús?

(*Mensajero del Corazón de Jesús.*)

EL DESCANSO DEL DOMINGO.

«Mientras que permanezcáis cautivos en la tierra extranjera, la tierra alegremente celebrará su sábado

«Reposará en su desierto por que no le habeis permitido el descanso en el día del Señor cuando la habitabais (Levit. XXVI. 33.)

I.

«Si vosotros no santificáis el día sábado, pondré fuego en vuestros muros, el cual devorará á Jerusalem.» (1) Sentencia tan severa supone una falta bastante grave. La violación del descanso del Domingo es, en efecto, una profesión de fé pública de ateísmo y una apostasía. Trabajar y descansar es la vida. Consagrar el trabajo de seis días á sí mismo y á su familia, y el descanso del séptimo á Dios, hé aquí la parte del hombre y la parte de Dios. La ley del tiempo y la ley de la eternidad. Trabajar seis días de la semana, es fecundar la tierra por la agricultura, enriquecerla por la industria y el comercio, multiplicar su poder de producción por la ciencia, embellecerla por las artes: pero santificar

el séptimo día, es elevar el alma humana sobre estas cosas, poniéndole en comunicación con *Aquel* que posee en sí mismo tesoros infinitamente superiores y sobre todo mas durables, que aquellos que el trabajo de seis días amontona y que la muerte disipa.

La violación del día del Señor hace del hombre un condenado á trabajos forzados á perpetuidad, no teniendo otro horizonte que los muros de la prisión donde deberá morir. La santificación del día del Señor es el hombre que sale del taller para respirar el aire libre, el aire sano, en medio de horizontes sin límites, del espacio y de la eternidad, donde Dios le asegura la felicidad despues de su muerte.

El descanso del domingo es el hombre elevado de la tierra y transportado sobre las alturas al soplo del infinito: su violación es el hombre embrutecido que lleva la cabeza baja, las espaldas agobiadas como el animal sin razón.

Seis días de trabajo es la medida de las fuerzas del cuerpo y de la inteligencia, es también la medida del misterioso equilibrio de la producción y del consumo que asegura la prosperidad de los Estados. Es un hecho de experiencia, que los autores de revoluciones en las gran-

(*Se continuará.*)

(1) Jer., XVII.